



Por
Hernando
Tellez

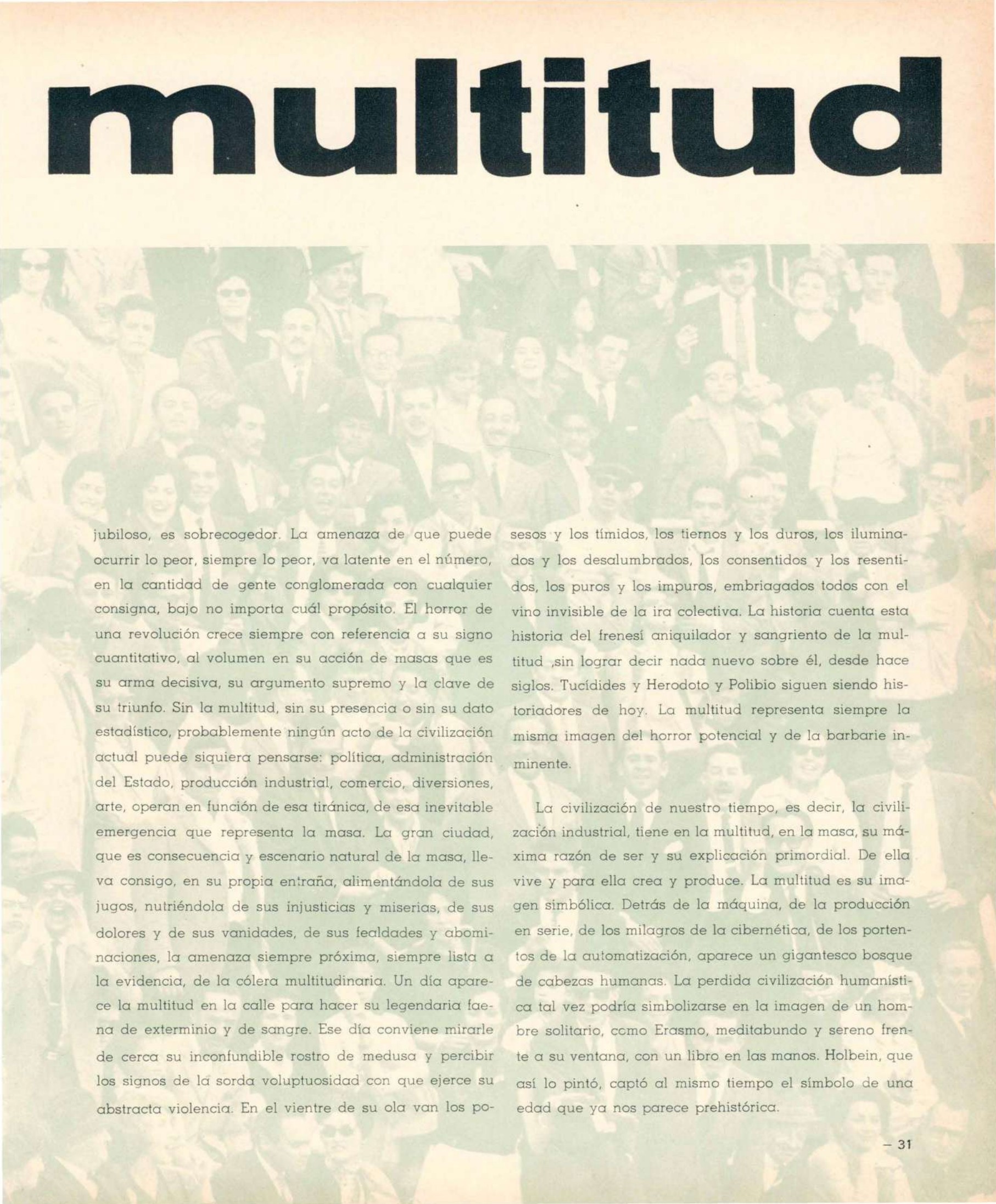
No es tranquilizadora su presencia de innumerables cabezas. La sospecha elemental que esa presencia suscita es esta: si, de pronto, todas se ponen a vociferar, a maldecir, a injuriar, ¿qué clase de catástrofe sobrevendría? Si una sola voz, una sola, da la señal del pánico, o la de la venganza, ¿cómo sería la masacre? Un grito bastaría para enardecer al inmenso monstruo y desatar el oleaje de la cólera y crear esa compacta solidaridad en la participación de la violencia, en la orgía colectiva de la matanza, que configura el fenómeno psicológico de la acción de masas.

Separados del acto colectivo, aislados en su individualidad, estos rostros expresan la insignificancia tranquilizadora de vidas comunes y corrientes. Pero incluidos en la totalidad, convertidos en partículas del todo gigantesco, adquieren un aire de tácita amenaza. El roce imprevisto de nuestro cuerpo con ese otro cuerpo vecino y desconocido, implica una posibilidad de combate. El armisticio inmemorial que les permite a los hombres circular por las calles de las grandes ciudades sin matarse entre sí, se anula virtualmente cuando los festejos comunitarios convocan la multitud al circo, al estadio, a la plaza, al teatro. Compelidos los cuerpos a una proximidad ineludible, cualquier gesto, cualquier movimiento,

cualquier palabra que denote incomodidad o desacuerdo con el prójimo, puede suscitar la siniestra querrela cuyas ondas comunicativas circularán vertiginosamente a través del tejido nervioso de la masa humana. La disponibilidad para la violencia, individualmente disimulada y controlada por un mecanismo de elemental civilidad, explota de manera triunfal y miserable en el suceso colectivo, si el más leve estímulo propicia esa evasión, esa liberación del instinto. Es ello una prueba automática de la cobardía personal, puesto que requiere para expresarse del celestinaje general, de la unanimidad que mimetiza y vuelve anónimos nuestros actos y parece absorberlos dentro de una especie de impunidad innominada. Es así como después de haber liberado a la fiera recóndita y secreta en la correspondiente hecatombe pública, nuestras potencias interiores quedan a paz y salvo y creemos que podemos regresar al seno de la civilización, sin mancha de barbarie. Nadie nos reconoce como energúmenos, ni como asesinos. En la gran saturnal de la violencia colectiva arrojamos la máscara apacible de la personalidad cotidiana, pero la recogemos, otra vez, al concluir el execrable episodio, para volver a ejercer la ternura y la paz y el convenio social.

No, no es tranquilizador el rostro de la multitud, ni su temible voz de mil voces. El griterío de la multitud, aún

multitud



jubiloso, es sobrecogedor. La amenaza de que puede ocurrir lo peor, siempre lo peor, va latente en el número, en la cantidad de gente conglomerada con cualquier consigna, bajo no importa cuál propósito. El horror de una revolución crece siempre con referencia a su signo cuantitativo, al volumen en su acción de masas que es su arma decisiva, su argumento supremo y la clave de su triunfo. Sin la multitud, sin su presencia o sin su dato estadístico, probablemente ningún acto de la civilización actual puede siquiera pensarse: política, administración del Estado, producción industrial, comercio, diversiones, arte, operan en función de esa tiránica, de esa inevitable emergencia que representa la masa. La gran ciudad, que es consecuencia y escenario natural de la masa, lleva consigo, en su propia entraña, alimentándola de sus jugos, nutriéndola de sus injusticias y miserias, de sus dolores y de sus vanidades, de sus fealdades y abominaciones, la amenaza siempre próxima, siempre lista a la evidencia, de la cólera multitudinaria. Un día aparece la multitud en la calle para hacer su legendaria faena de exterminio y de sangre. Ese día conviene mirarle de cerca su inconfundible rostro de medusa y percibir los signos de la sorda voluptuosidad con que ejerce su abstracta violencia. En el vientre de su ola van los po-

sesos y los tímidos, los tiernos y los duros, los iluminados y los desalumbrados, los consentidos y los resentidos, los puros y los impuros, embriagados todos con el vino invisible de la ira colectiva. La historia cuenta esta historia del frenesí aniquilador y sangriento de la multitud, sin lograr decir nada nuevo sobre él, desde hace siglos. Tucídides y Herodoto y Polibio siguen siendo historiadores de hoy. La multitud representa siempre la misma imagen del horror potencial y de la barbarie inminente.

La civilización de nuestro tiempo, es decir, la civilización industrial, tiene en la multitud, en la masa, su máxima razón de ser y su explicación primordial. De ella vive y para ella crea y produce. La multitud es su imagen simbólica. Detrás de la máquina, de la producción en serie, de los milagros de la cibernética, de los portentos de la automatización, aparece un gigantesco bosque de cabezas humanas. La perdida civilización humanística tal vez podría simbolizarse en la imagen de un hombre solitario, como Erasmo, meditabundo y sereno frente a su ventana, con un libro en las manos. Holbein, que así lo pintó, captó al mismo tiempo el símbolo de una edad que ya nos parece prehistórica.